

La influencia del historicismo crítico en *La disputa del Nuevo Mundo* de Antonello Gerbi

Por Roberto COLONNA*

En los terrenos que nos ocupan, sólo hay conocimiento a modo de relámpago. El texto es el largo trueno que después retumba.

Walter Benjamin, Libro de los pasajes

La verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.

*Miguel de Cervantes Saavedra,
Don Quijote de la Mancha*

ANTONELLO GERBI (1904-1976) ha sido uno de los estudiosos más importantes del siglo XX. Es necesario empezar este ensayo con tal afirmación que, en rigor, debería hallarse en las conclusiones, ya que a menudo tiende a olvidarse. Descuido en realidad injustificado y en el que sería interesante profundizar.

A manera de resumen podemos recordar que Gerbi nunca se sintió fascinado ni fue atraído voluntariamente por el mundo académico y que su notable fama se circunscribe, lamentablemente, al ámbito de análisis considerados, por lo menos en Europa, de escaso valor. Sin embargo no es éste el lugar para enfrentar esas cuestiones, sobre todo si tenemos en cuenta que el tema en que nos detendremos en las próximas páginas es muy complejo.

Padre indiscutido de los estudios de americanística en Italia, Gerbi en realidad se vio obligado a dedicarse a tales campos de investigación debido a circunstancias históricas y personales.¹ En 1938, gracias a la fundamental intervención de Raffaele Mattioli,

* Profesor de la Università degli Studi di Napoli, Federico II, Italia; e-mail: <roberto.colonna@unina.it>.

¹ Sobre la importancia de Antonello Gerbi en los estudios americanistas véanse Marcello Carmagnani, "Antonello Gerbi e il Nuovo Mondo", *Rivista Storica Italiana* (Turín), vol. XC, núm. 1 (enero-marzo de 1978), pp. 165-171; Luisa Pranzetti, "Il Perú di Antonello Gerbi", *Il Veltro* (Roma), vol. XXXVI, núm. 1-2 (1992), pp. 157-170.

Gerbi se refugió en Lima, Perú, huyendo de las leyes raciales y de la guerra, pero las bibliotecas de dicha ciudad ofrecían muy pocas oportunidades.² América constituyó para Gerbi no sólo el acicate para seguir leyendo y escribiendo a lo largo de su destierro, sino también una atalaya privilegiada para tener una visión primigenia del horizonte cultural europeo.

Sus estudios de americanística, sea por rigor o por profundidad, se presentan tan atípicos como inmejorables; la erudición y la amplia perspectiva que los caracterizaban —probable resultado de una inagotable tendencia a la profundización que lo llevó a poner en tela de juicio lo que anteriormente había escrito—³ permitieron el nacimiento de una obra maestra de la ensayística del siglo xx: *La disputa del Nuovo Mondo: storia di una polemica, 1750-1900*. Larguísima fue la gestación que tuvo dicha obra: muy joven, Gerbi tuvo la intuición de enfrentarse con este tema, como se desprende de una nota presente en *La politica del Settecento* (1928), su primer libro, en que el autor aclara algunos aspectos del “mito del buen salvaje”.⁴ Desde luego, su mudanza a Perú le dio, como ya he ade-

² Sobre la historia personal e intelectual de Antonello Gerbi remito a Piero Treves, *Profilo di Antonello Gerbi*, en Antonello Gerbi, *La disputa del Nuovo Mondo: storia di una polemica, 1750-1900*, Milán/Nápoles, Ricciardi, 1955, pp. xix-lxxii; Sandro Gerbi, “Antonello Gerbi ‘americanista’ o ‘europeista’”, *I Viaggi di Erodoto* (Milán), folleto 14 (septiembre de 1991), pp. 98-104; Sandro Gerbi, “Il filosofo domato”, *Belfagor* (Florencia), XLVIII, núm. 3 (mayo de 1993), pp. 327-339; Ferruccio Focher, *Sulla riedizione de La disputa del Nuovo Mondo: logica e politica in B. Croce*, Milán, Franco Angeli, 1987, pp. 127-147.

³ Un llamativo ejemplo de la tendencia de Gerbi a revisar, modificar o tan sólo ampliar sus escritos es el libro *A portrait of Perú*. Tampoco podemos olvidar la bibliografía negativa puesta como conclusión de su primera elaboración de la *Disputa*: se trata de una lista muy larga que cuenta con diecisiete páginas de textos que Gerbi no pudo, en aquel entonces, consultar y que consideraba fundamentales para los temas tratados, temas que en sus intenciones habrían sido integrados en las ediciones sucesivas de la obra.

⁴ Antonello Gerbi, *La politica del Settecento: storia di un'idea*, Bari, Laterza, 1928, pp. 85-86, n. 3. Esta información la cita también Sandro Gerbi, “‘Don Ferrante’ e il Nuovo Mondo”, en Antonello Gerbi, *La disputa del Nuovo Mondo: storia di una polemica, 1750-1900* (1955), edición de Sandro Gerbi, Milán, Adelphi, 2000, p. v. En la referencia a pie de página, Gerbi, aunque en aquel entonces no pudiera prever el desarrollo futuro de sus estudios, parece sentar las bases de la escritura, ocurrida muchos años después, de dicha obra: “En contra de l'engoument salvaje, y en abierta polémica con los misioneros y la religión y sobreentendida contra Rousseau [...] M. de P. [Abbé Corneille de Pauw...] escribió sus *Recherches philosophiques sur les Américains*. La conquista de América se describe como ‘la más grande desgracia de la humanidad’, además se describen cruelmente todas las degeneraciones de los salvajes. Pero como los europeos han llevado la viruela a América, y los americanos le han contagiado la sífilis a los europeos, ambos se han devuelto la pelota. Le replicó el conde Gian Rinaldo Carli, de Capodistria, con las *Lettere Americane* (ampliamente citado por De Maistre en su defensa de los misioneros) y el benedictino abad de Brigel, Dom Pernetty, con una

lantado, el empujón decisivo hacia los estudios de americanística, cuyo primer resultado apareció en *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo* (1943).⁵ Podemos considerar este texto el punto de partida de una más honda investigación, que paulatinamente llevó a Gerbi hacia la primera edición de *La disputa del Nuovo Mondo* (1955): traducida al español en 1960 y al inglés en 1973⁶ fue ampliada y mejorada hasta las ediciones póstumas de 1983 y 2000, debidas al cuidado de Sandro Gerbi, hijo del autor.⁷

Paradójicamente, la magnitud de esta obra ha ensombrecido todos los componentes que han fraguado la ecléctica personalidad científica de Gerbi, quien, como es sabido, se dividía entre estudios sobre el siglo XVIII y el romanticismo, por un lado, y estudios sobre el cine, por otro.⁸

A eso cabe añadir que aunque *La disputa del Nuevo Mundo* haya conseguido el titánico objetivo de realizar una historia de la historiografía americana, a menudo queda encerrada en los angostos límites de la disciplina en la que —si bien de manera formal— se mueve. Sin embargo en ella destacan al menos dos características: es una refinada interpretación de las distintas aproximaciones de la

Dissertation sur l'Amérique et les Américains a la que correspondió prontamente una *Défence des Recherches philosophiques sur les Américains de M. de P.* evidentemente del mismo De Pauw, que, sucesivamente, extendió su polémica a otros pueblos en aquel entonces de moda con las *Recherches philosophiques sur les Égyptiens et les Chinois* (cuya conclusión llegaba a la negación de cualquier relación entre las dos poblaciones y a la denigración de los chinos), y finalmente, al renacer del Clasicismo, publicó dos volúmenes de *Recherches philosophiques sur les Grecs*. Sobre la primera polémica, que volvió a arrancar al nacer Estados Unidos, y en la que participaron también Buffon y Jefferson, véase Galliani e Fay Bernard”, Gerbi, *La política del Settecento* [n. 4], pp. 85-86, n. 3. Salvo que se especifique lo contrario, en todos los casos la traducción me pertenece.

⁵ Antonello Gerbi, *Viejas polémicas sobre el Nuevo mundo (comentarios a una tesis de Hegel)*, Lima, Banco de Crédito del Perú, 1943.

⁶ *La disputa del Nuovo Mondo: storia di una polemica, 1750-1900* cuenta en realidad con cuatro traducciones: dos al español, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica 1750-1900* (1960 y 1982), de Antonio Alatorre para el Fondo de Cultura Económica; una al inglés, *The dispute of New World: the history of a polemic* (1973), de Jeremy Moyle para la University Pittsburgh Press; y una al portugués de 1996, cf. Maria Matilde Benzoni, “Genesi e fortuna de *La disputa del Nuovo Mondo*: versioni, edizioni e traduzioni di un ‘libro a organetto’ (1943-2000)”, en Emilia Perassi y Francesca Pino, eds., *Antonello Gerbi tra Vecchio e Nuovo Mondo*, Milán, Cisalpino Goliardica, 2009, pp. 119-138.

⁷ Gerbi morirá en su casa de Civenna, provincia de Como, el 26 de julio de 1976.

⁸ Todos los artículos de Gerbi sobre el cine se encuentran en Antonello Gerbi, *Preferisco Charlot: scritti sul cinema (1926-1933)*, Turín, Aragno, 2011. Al respecto hay que señalar las bellas páginas que Guido Aristarco dedica al Gerbi teórico del cine en su célebre ensayo *Storia delle teoriche del film*, Turín, Einaudi, 1963, pp. 132-134 y pp. 268-279.

cultura europea hacia todo lo que no era europeo y, paralelamente, un implícito manifiesto cultural del estudioso. Ambos aspectos forman parte de aquella visión del mundo que se afirmó en las últimas décadas del siglo XIX —y que para algunos perdió su fuerza entre las dos guerras mundiales— llamada “historicismo crítico”. Dicha conexión, aunque a primera vista parezca forzada, se funda al menos sobre dos consideraciones: una de carácter biográfico y otra conceptual. Aclarar el primer aspecto es una operación bastante fácil, pues la amistad y las constantes relaciones culturales entre Gerbi y Benedetto Croce son tan conocidas que el autor de estas páginas puede permitirse el lujo de pasarlas por alto. En cambio es importante subrayar que cuando Gerbi ganó una beca de la Rockefeller Foundation, en el bienio 1929-1931, pasó gran parte de su tiempo en Berlín, donde asistió a los seminarios de Friedrich Meinecke —uno de los grandes padres del historicismo crítico— de los que, como recuerda Sandro Gerbi, tuvo un “imperituro ricordo”.⁹

Si intentamos sobreponer los temas propuestos por el gran filósofo a los de *La disputa del Nuevo Mundo* es posible entender la conexión entre Gerbi y el historicismo crítico a la que hice alusión. La intención de escoger sólo esa obra como segundo término de parangón de este análisis comparativo no es casual y nace de la convicción de que precisamente la obra que contribuyó a encerrar a Gerbi en ámbitos limitados puede ser, a la vez, la llave para liberarlo.

Para lograr este objetivo, creo necesario recordar previamente algunos puntos esenciales del pensamiento historicista de Meinecke; para que nuestra investigación no se empantane en los escollos de una involuntaria y a la vez estéril investigación, me permito llamar a la memoria la admirable introducción que el estudioso sajón escribió en 1936 para *Die Entstehung des Historismus*.

La decisión de centrarnos en dicha introducción puede justificarse por la analogía estructural entre *Die Entstehung des Historismus* y *La disputa del Nuevo Mundo* gerbiana. La obra de Meinecke es una historia del pensamiento del siglo XVIII, sobre todo del alemán, que tiende a reconstruir aquel proceso que otorgó mayor atención a la consideración individualizante del mundo humano en lugar de la generalizante haciendo a un lado el mecanicismo, prefiriendo el concepto de desarrollo con el fin de caracterizar contra el historicismo hegeliano un historicismo diferente representado en particular por Goethe.

⁹ Gerbi, “‘Don Ferrante’ e il Nuovo Mondo” [n. 4], p. xx.

En las pocas páginas que preceden ese texto es posible entender qué es esta tipología de historicismo, conocida como “historicismo crítico”, y cómo Meinecke la concibió. Al mismo tiempo, eso constituye la manera más sencilla y eficaz para lograr caracterizar los elementos de esa *Weltanschauung* en Gerbi:

La concepción iusnaturalista imperante desde la antigüedad fue especialmente la que inculcó la fe en la estabilidad de la naturaleza humana y, ante todo, de la razón del hombre [...] El primer paso para ello se da con el viraje general del pensar filosófico, que se advierte ya en el siglo XVIII, especialmente en la filosofía de Descartes. Si, hasta entonces, ingenuamente convencidos de la fuerza de la razón humana, se aspira con ella a aprehender lo objetivo del mundo, surge ahora, en primer término, el problema del sujeto cognoscente y el de la legitimación de aquélla en virtud de las leyes que hay que buscar en éste. En esta vuelta a los problemas subjetivos se divisan los primerísimos signos de una futura revolución del pensar, precisamente aquella que nosotros queremos exponer.¹⁰

La revolución del pensamiento a la que Meinecke se refiere es pues, como dirá más adelante, aquella provocada por el advenimiento del historicismo crítico.¹¹ Para Meinecke el sujeto cognoscente que Descartes y después de él la Ilustración francesa concibieron no puede entenderse como un sujeto individual cerrado en sí mismo que tiene su razón de ser en las múltiples formas de su vivir histórico.

El de Descartes es todavía un sujeto universal, fruto de una idea de hombre en buena medida abstracta, que afirma su verdadera esencia en la búsqueda continua y estéril de teóricas leyes generales que deberían permitir al género humano dominar los códigos del conocimiento. Dichas convicciones se alimentan desde el comienzo de “un pensamiento que alcanzó una evidencia y claridad matemática, sobre todo por un uso riguroso de las leyes de causalidad”,¹² y sentaban las bases para el *iusnaturalismo moderno*.

Estos descubrimientos que revolucionaron las ciencias naturales desde el siglo XVII en adelante, en vez de atenuar, confirmaron la perspectiva iusnaturalista que empezó a influir sobre los más variados ámbitos del saber. La historia se sujetó así al principio

¹⁰ Friedrich Meinecke, *Die Entstehung des Historismus* (1936), Múnich, R. Oldenbourg Verlag, 1959, en adelante cito por *El historicismo y su génesis*, versión al español de José Mingarro y San Martín y Tomás Muñoz Molina, México, FCE, 1943, pp. 12-21.

¹¹ *Ibid.*, p. 21.

¹² *Ibid.*

de la causalidad mecánica; el pensamiento que anhelaba la certeza matemática, convirtió la razón —esto es, el órgano apto para la interpretación subjetiva— en algo que funcionaba según principios absolutos. Una postura, ésta, que se desarrolló y perpetuó rígidamente a partir del axioma de la inmutabilidad de la razón humana.

Por consiguiente, los enunciados de la razón, como así se dijo después, pueden ciertamente enturbiarse por las pasiones y la ignorancia, pero cuando ella se libera de estas turbiedades, dice en todas partes lo mismo y es apta para encontrar verdades absolutamente verdaderas, independientes del tiempo, que concuerdan con el dominio absoluto de la razón en el mundo.¹³

Precisamente sobre dicho principio la fe en el iusnaturalismo encontró numerosos puntos de convergencia con el cristianismo, dando lugar a una feliz y duradera relación que ha dejado profundísimas huellas en la cultura occidental, tanto en la esfera religiosa como en la profana.

El mismo Meinecke reconoce que esta forma de iusnaturalismo

fue como una estrella polar incommovible en medio de las tempestades de la historia [...] Dio al pensamiento de los hombres un apoyo absoluto, un apoyo tanto más fuerte si lo realizaba la fe cristiana revelada. Podían emplearle las ideologías más diversas y más incompatibles entre sí.

La razón humana, considerada como eterna e independiente del tiempo, podía legitimarlo todo, sin que se advirtiera que así perdía su carácter intemporal y se nos revelaba como ella es: una fuerza que se individualiza sin cesar.

Pero derecho natural y religión estuvieron precisamente fusionados durante largo tiempo, y esta fusión influía de hecho en los hombres.¹⁴

Tras definir todo lo que no es historicismo y aclarado quién, como Descartes, tuvo por primera vez la sensibilidad —al menos bajo ciertos aspectos— afín a este pensamiento, Meinecke puntualiza sus características. En primer lugar indica las coordenadas temporales: “La génesis del historicismo nos lleva más que nunca, a la segunda mitad del siglo XIX”.¹⁵ Luego, teniendo en mente la lección de Nietzsche (en particular la *Segunda inactual*), explica qué es el historicismo:

¹³ *Ibid.*, pp. 12-13.

¹⁴ *Ibid.*, p. 13.

¹⁵ *Ibid.*

La médula del historicismo radica en la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración individualizadora.

Cierto es que hay diferentes conceptos de evolución [...] que distinguimos nuestro concepto historicista de la evolución, con sus finalidades puramente históricas, con su gran elemento de espontaneidad, de aptitud plástica para el cambio y de imprevisibilidad, de la idea, más angosta, de un puro desenvolvimiento de gérmenes dados, y también de lo que llamamos “idea de perfección” de la Ilustración, que, después, se convirtió en la idea vulgar o sublimada del progreso.¹⁶

Esas posiciones, y con toda probabilidad también esas mismas páginas, eran bien conocidas por Gerbi: en un pasaje de la *Disputa* parece ofrecer a su lector una breve síntesis de estos temas, resumen que le permite indicar las trayectorias culturales, quizá demasiado escondidas, que orientan su análisis. En este fragmento leemos:

Cuando, en los umbrales del siglo XIX, el historicismo invadió las ciencias de la naturaleza convirtiéndolas, de ciencias de lo inmóvil y de las leyes uniformes, en ciencias de lo eternamente mudable y creativo, también este voluminoso objeto de la ciencia natural, el continente americano, tuvo que ser visto en otra perspectiva. Su edad no podía traducirse ya en términos cualitativos: si joven, inmaduro; si viejo, decadente. Tampoco podía parangonarse con el Mundo Antiguo, como si se tratara de docentes estáticos, de dos cantidades mensurables y por lo tanto comparables la una sobre la vara de la otra. // En el flujo del devenir, todo fenómeno real quería su autonomía [...]

En suma, esa antítesis ficticia que oponía el Nuevo Mundo al Antiguo, la geografía de América a la de Europa, tenía por fuerza que desaparecer a medida que la geografía, como toda otra ciencia natural, era reabsorbida en la historia, a medida que las determinaciones espaciales, extrínsecas la una a la otra por definición, y propensas por ello a disponerse en díadas polares, se desvanecían en un concepto orgánico de la realidad única e innúmera, en el vívido cuadro humboldtiano del *kosmos*.¹⁷

Nótese como ambos discursos, el de Meinecke y el de Gerbi aquí propuestos, parecen uno la directa consecuencia del otro. Gerbi además utiliza una terminología de raigambre historicista como, por ejemplo, el nietzscheano “creativo” cuando habla de las ciencias, o el “devenir” de Dilthey cuando explica las características de los

¹⁶ *Ibid.*, pp. 12-14.

¹⁷ Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750-1900* (1960), México, FCE, 1982, p. 556.

fenómenos históricos. Finalmente cita a Humboldt, que muchos, sobre todo Fulvio Tessitore,¹⁸ consideran que marcó la vía del historicismo crítico, “practicándolo”, como recuerda Claudio Cesa, “sin pretender hacer de él un ‘sistema’, más bien reaccionando contra las construcciones lógicas y metafísicas, tan comunes para su generación, y rechazando la idea que la historia del espíritu pudiera entenderse como una sucesión necesaria de conceptos”.¹⁹ Las analogías entre el Gerbi de la *Disputa* y los temas del historicismo crítico se desprenden también de otro elemento, es decir de la crítica tajante que él hace al pensamiento de Hegel, quien quizás pueda considerarse el máximo representante de la oposición cultural y moral al historicismo crítico. Gerbi, citando al Dilthey de la *Historia de la juventud de Hegel*,²⁰ afirma que la filosofía de la historia de Hegel

se apoya en el concepto de “alteridad”, de “ser otro”, invención o fórmula de sabor netamente escolástico, y se desarrolla sobre líneas casi ingenuamente antropocéntricas. La Tierra es el teatro supremo del Espíritu. En esta visión precopernicana —o mejor sustancialmente bíblica— del Universo, bien se comprende que el Mundo Antiguo debía tener un relieve extraordinario, y que América, Oceanía, todo el resto del globo se destiñera y perdiera casi la razón de ser.²¹

El repudio hegeliano de América demuestra, según Gerbi, “lo anticuado, débil y científicamente muerto que resultaba su pensamiento”.²² Hasta

¹⁸ Para un exhaustivo cuadro bibliográfico de los trabajos dedicados a la relación entre Humboldt y el historicismo crítico véanse las siguientes obras de Fulvio Tessitore, “Attualità di W. V. Humboldt”, “Humboldt e la Universalgeschichte”, “L’etica di Humboldt” (pp. 579-594), “Note su Humboldt politico” (pp. 595-618), “L’università di Humboldt” (pp. 619-629), “Hegel e Humboldt: l’antico tra ontologia e antropologia”, “Humboldt, Niebuhr e la ‘Decadenziade’”, en *Contributi alla storia e alla teoria dello storicismo*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1995; y también “Wilhelm von Humboldt e lo Historismus”, en *Nuovi contributi alla storia e alla teoria dello storicismo*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2002, pp. 527-708.

¹⁹ Claudio Cesa, “A partire da Humboldt”, *Archivio di Storia della Cultura* (Nápoles, Liguori), año XIX (2006), pp. 213-221, p. 218.

²⁰ Cf. Wilhelm Dilthey, “Die Jugendgeschichte Hegels und andere Abhandlungen zur Geschichte des Deutschen Idealismus”, en *id.*, *Gesammelte Schriften*, Leipzig/Berlin, Teubner, 1921. Gerbi leyó esta obra en español o, por lo menos, él cita el texto en español, cf. Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750-1900* [n. 17], p. 554, n. 521.

²¹ *Ibid.*, pp. 557-558.

²² *Ibid.*, p. 556.

Graves residuos de medievalismo se descubren fácilmente entre los materiales con que está construido el macizo sistema. // En los reinos de la Naturaleza, toda especie existe sólo en cuanto encarna un momento del *Logos*. Pero las especies americanas resultan encarnaciones deficientes, desechos o roncocos conatos del *Logos*. No es difícil descubrir en estas explicaciones entre ingenuas y pedantescas el *caput mortuum* de la vieja metafísica.²³

Finalmente, concluye Gerbi:

Las formas de lo existente que Hegel se afana en deducir y desarrollar en cadena necesaria la una de la otra, son la transparente reencarnación de aquellas especies e ideas que, de Platón en adelante, el pensamiento de Occidente se había obstinado en ordenar en cadena ininterrumpida, necesariamente completa, desde el Dios supremo hasta la ínfima creatura. El *Logos* de Hegel recorre el camino al revés; pero, por grande y significativa que sea esta inversión del movimiento, no altera el típico esquema multiseccular.²⁴

Precisamente esta forma *temporalizzata* de movimientos entre varias tipologías de seres vivientes, que por cierto nació a lo largo del siglo XVIII para encontrar un acuerdo entre el carácter estable y rígido de la eterna cadena con la nueva fe en el progreso, sirvió de puente entre el sistema platónico y neoplatónico, por un lado, y la nueva dialéctica *storicizzante*, por otro. También bajo este punto de vista la opinión de Gerbi sobre Hegel es contundente:

Hegel trata de dar vida y movimiento propio a la inerte cadena natural, de saturarla de espiritualidad activa. Pero el peso muerto de ese esquema adoptado abrumba, sofoca y paraliza los nuevos principios. Los continentes se niegan a ordenarse como categorías o antinomias. Los animales no se resignan a ser meras variantes del Animal, ejemplares modificados y deteriorados de un *totem* imaginario postulado por un profesor de filosofía. El estrepitoso fracaso del intento, con sus estridentes salidas de tono —naturaleza “impotente”, tríadas cojas, hechos y seres carentes de Espíritu—, hace evidente la inadaptabilidad de una estructura mitológico-mística, como la de la escala infinita de los prototipos, para recibir los conceptos del pensamiento histórico, que ve el “uno” en el individuo, no en la especie o en la idea, y el infinito en el “uno” mismo concreto, no en su multiplicación al infinito, a lo largo de una gama graduada, perpetua, interminable.²⁵

²³ *Ibid.*, pp. 556-557.

²⁴ *Ibid.*, p. 557.

²⁵ *Ibid.*

El caso americano es pues utilizado por Gerbi para acabar con el hegelianismo. América se yergue en perfecto ejemplo capaz de demostrar todos los puntos débiles del pensamiento hegeliano y de todas las perspectivas que a él se ligan. En este sentido, uno de los grandes méritos de Gerbi ha sido subrayar, a través de una impostación problemática, los límites de cada posición y haber proyectado de una manera no forzada los resultados de su investigación más allá de su ámbito de estudio.²⁶

Al fin y al cabo la intuición en que se funda la *Disputa* puede ser resumida en la sencilla y por eso aún más difícil tesis de que las diferencias no significan distancia y tampoco representan una relación entre lo superior y lo inferior, entre quien ataca y quien defiende. Las diferencias son la otra cara de la moneda que en un primer momento puede parecer irreconocible, lejana, hasta “malvada” e incomprensible pero que refleja a quienes se pongan a reflexionar, o, mejor dicho, representa a los que se saben y se quieren reconocer.

Si nos detenemos en algunos de los temas más célebres de su obra, nos percatamos de que la América de Buffon y De Pauw es la del europeo miope y egoísta, presumido y sordo, que tiene miedo a lo nuevo y se encierra ante sus pulsiones más “puras” (es decir las pulsiones animales). Es la Europa de la caridad mal interpretada o, mejor dicho, interpretada por interés personal y para legitimar o justificar la toma de decisiones, la rigidez y los errores personales. Gerbi, con su meticulosidad, pone en tela de juicio toda una serie de mitologías, falsos conceptos científicos, supuestas leyes de la historia que a lo largo de los siglos se utilizaron para describir un continente, América, saqueado de sus riquezas materiales, de su cultura y de sus esperanzas. Su intento no es solamente el de reconstruir una serie de teorías desde su nacimiento hasta el ocaso inevitable, sino también —dirigiéndose a los que se mueven entre “absolutos” y “certidumbres” escondidas detrás de hipocresías y palabras grandilocuentes— el de intentar hacer emerger la centralidad de la individualidad en la “sección acabada y sin sentido del devenir del mundo”,²⁷ una individualidad en sí misma y en su dimensión

²⁶ Cf. Antonio Melis, “Una disputa che continua”, en Gerbi, *La disputa del Nuovo Mondo* [n. 4], pp. 942-943.

²⁷ Max Weber, “Die ‘Objektivität’ sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis”, en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* (1904), recogido también en Max Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, Mohr, 1985, p. 202. Con esta famosa afirmación Weber se refiere a la cultura; en efecto en el párrafo completo se puede leer que “la ‘cultura’ es una sección acabada de la infinitud a la que

histórica (que por construcción está) sometida al dominio de la interpretación.

RESUMEN

Entre 1929 y 1931 Antonello Gerbi asistió en Berlín a las clases de Friedrich Meinecke, uno de los padres del historicismo crítico alemán. La significativa influencia de este autor sobre los estudios de Gerbi se entremezcló con el influjo ejercido, en los mismos años, por Benedetto Croce. En este ensayo se ofrecen varios ejemplos, fundados en comparaciones bibliográficas, de la cercanía filosófica de Gerbi al gran estudioso sajón, subrayando en particular el papel primario que tuvo la perspectiva del historicismo en la escritura de *La disputa del Nuevo Mundo*.

Palabras clave: historiografía americana, individualidad, horizonte cultural, iusnaturalismo.

ABSTRACT

While in Berlin between 1929 and 1931, Antonello Gerbi was Friedrich Meinecke's student. Meinecke is one of the founding fathers of German critical historicism. The meaningful influence of this author on Gerbi's studies intermingle with the influence exerted, in the same period, by Benedetto Croce. This essay aims to provide some examples, based on bibliographical comparisons, of the closeness of Gerbi's philosophical position to that of Meinecke, particularly highlighting the prominence of the historicist perspective in *The dispute of the New World*.

Key words: American historiography, individuality, cultural horizon, iusnaturalism.

falta el sentido del devenir del mundo, a la que se atribuye un sentido y significado desde el punto de vista del hombre”, en *ibid*.